

LA HABANA VISTA POR UN TURISTA CUBANO.

Por Alejo Carpentier.

V

PARA el cubano que ha estado largo tiempo alejado de su patria, el momento del regreso al puerto de La Habana entraña un episodio de particular emoción: la llegada del piloto.

Después de una larga travesía, próxima ya la tierra firme, el piloto representa el primer insular, el primer habitante de La Habana que podamos contemplar de cerca. Personaje único, que parece subir a bordo para entregarnos las llaves de la ciudad. Dan ganas de precipitarse hacia él, para pedirle noticias de los amigos o informes sobre el más reciente aspecto de la situación política...

El hecho es que si bien el piloto no nos entrega las llaves de la muy ilustre villa de San Cristóbal de La Habana, nos entrega en cambio los secretos de su puerto, que ya es mucho decir. Porque ese puerto de boca estrecha, defendido por fortalezas de un poder decorativo innegable, es de los pocos en el mundo que se adentran de tal manera en el corazón de una urbe. Su categoría de golfo en miniatura, sus sinuosidades, sus escondrijos, han impuesto leyes de rodeo a ciertas carreteras suburbanas, leyes cuyo efecto principal ha sido el de conferir prestigios de alejamiento a barriadas tales como Regla, Guanabacoa y Casablanca. Y por ser menos importante y tener una población compuesta principalmente de gente que vive del mar, Casablanca ha permanecido más aislada, conservando un carácter peculiarísimo.

Paisaje marítimo.—

Casablanca me hace pensar siempre en ciertos pueblos de la costa vasca española, tales como Ondárroa y Pasajes. Y no es por la arquitectura de las viviendas —bien criollamente dotadas de

soportales y cubiertas de techumbres de tejas de las que tanto aprecian los millonarios de Miami—sino por el hecho de que al final de cada calle se divisa siempre un barco. Cada vía va a parar a una escotilla abierta o a un bote mansamente mecido por las olas... En toscos muelles de tabla montados en pilotes roídos por vegetaciones misteriosas, se extiende la parda alfombra de redes puestas a secar. Exposición de remos, lonas, cuerdas y cabuyas, en una atmósfera que huele a salitre y alquitrán. Depósitos de viveros, sacados a la orilla, descansan sobre un costado, como esqueletos de barcos muertos... Otros, atados a las bitas del muelle, conservan su función de cárcel, manteniendo presos en el agua, a pocos metros de la tierra, una colección de pargos aburridos, emplazados para vil muerte en las mesas frías del Mercado Unico.

Un poco más allá, hacia la embocadura del puerto, se dibujan las siluetas esbeltas de los viveros, que acaban de regresar de viajes de quince y veinte días por el Golfo de México, navegando sin mapa y sin sextante, guiados por hombres que tutean a las corrientes, leen en las nubes, escuchan los consejos del viento y conocen, gracias a referencias dadas por la sonda, el aspecto y la naturaleza de todos los paisajes submarinos... Contrariamente a lo que ocurre en otras regiones del mundo, sus veleros tienen nombres masculinos (en Bretaña, la embarcación es siempre *mujer*, por costumbre secular). Sólo el *Maria Seijas* reivindica derechos de femineidad entre sus compañeros—tal vez porque une a la blancura de sus flancos, una elegancia de líneas, un garbo de fina alcurnia adquirida en astilleros ingleses—. Uno que otro velero ostenta un mascarón en la proa, como debió tenerlo la nave de Ulises. Otro posee el adorno de una sirena de pelo negro, vestida de azul intenso, cuyos ojos,



realizados por el *rimmel* de un brochazo de ripolin, tienen la fijeza inhumana que caracteriza la mirada de ciertas estatuas etruscas...

Dentro de estas embarcaciones hay todavía peces prisioneros. Basta levantar una tabla, para descubrir un mundo de escamas, de ojos malvados, de bocas ávidas. Los lomos relucientes se agitan, al recibir la visita de un rayo de sol. Las aletas abofetean el agua con chasquido húmedo, antes de que el cocinero de a bordo deje caer un triple anzuelo traidoramente oculto en un trozo de pescado... Abajo, en el centro de un camarote de popa guarnecido de tarimas, el aceite se calienta en una enorme sartén de hierro.

Pero, ¿por qué insistir?... Si queréis conocer la poesía y el sabor de la vida a bordo de estos viveros, leed *Contrabando*. Nadie ha sentido, como Enrique Serpa, el valor de las cosas marítimas nuestras.

El pueblo de las tejas.—

Rara es la vivienda de Casablanca que no posea el más tradicional de los tejados cubanos. Pero es, además, pueblo de portales y balcones. Los grandes balcones de madera que adornan la calle principal le comunican un extraordinario carácter. Balcones salientes, que agrandan el piso superior a expensas de la calzada, con inequívocas remembranzas de arquitectura cantábrica. Un café y hotel que se alza en una esquina, ofrece la más perfecta expresión de esa arquitectura, con sus dos filas de balcones superpuestos, su complicado sistema de viguetería y sus ménsulas que hacen adelantarse dos veces la fachada por sobre la calle, con un afán de conquista de espacio digno de casa medioeval... La sombra reina en un pasadizo lateral que conduce al puerto, ya que las techumbres de sus viviendas se unen en lo al-

to, creando un marco oscuro que hace más resplandeciente el paisaje marítimo.

Por haber sido edificada en un flanco de colina, Casablanca presenta la topografía más caprichosa que pueda imaginarse. Hay lugares en que resultaría difícil hallar dos casas en un mismo nivel. Las construcciones se han acomodado como mejor les fuera posible, a ambos lados de callejas ascendentes, coronadas por la llamarada morada de los *bougainvilles*. Se accede a las viviendas por escaleras de madera, peldaños de piedra, gradas de guijarro. Un *flamboyan* incendiado cobija bajo sus ramas una casa que es enana vista desde arriba, y que resulta gigantesca contemplada desde abajo... Un parque solitario y colonial nos brinda su quietud de plaza provinciana, quietud rota tan sólo al atardecer por el piar de aves y risas de niños...

El pueblo se termina, en lo alto, por casas pobres, de tabla clara. Pero esas casas poseen dos riquezas. La riqueza de un marco de vegetación profusa. Y la riqueza de poder dominar, durante todo el año, uno de los más suntuosos panoramas del mundo.

En cierto lugar, al pie de la Cabaña, en que la costa se hace abrupta, las casas han renunciado a fijar sus cimientos en tierra firme. Se han adelantado hacia el mar, sobre toscos pilotajes. Róidos por las olas, algunos pilotes han quedado seccionados, colgando en el vacío como estalactitas de madera verde... Ciertos muelles aparecen, de este modo, suspendidos en el aire como por artes de magia... Casas lacustres, cuyos habitantes han dejado ya de oír el vaivén de las aguas debajo de sus plantas—ya que este rumor eterno se ha hecho sinónimo de silencio para el marino.

Casablanca es el único lugar de La Habana en que aun puede hallarse una calma desterrada de la ciudad más ruidosa del mundo.

Casablanca, día 17/39.

